

Regalo de Navidad

Julissa Vera Torres

134

El mejor regalo de Navidad lo recibió esa noche. Su hermana menor había envuelto aquella navaja en un papel de regalo verde tornasol, mientras su corazón rebosaba de amor. Esa mañana todos empezaron los preparativos de la Navidad; Diego y Ana eran los encargados de hacer las compras para la cena. Ana tocó la puerta de la habitación donde dormían su padre y hermano. Solo ella podía tocar esa puerta, los demás ni siquiera se atrevían a mirar, aunque en realidad fingían no hacerlo. Mariana, su madre, los dejó al cuidado de su esposo y familia cuando viajó a Italia en busca de una mejor vida, aunque en el fondo ella sabe que lo hizo para escapar de su infierno. Desde entonces sus hijos se quedaron en el departamento familiar. Allí estaba toda la familia de Mariana: su madre, sus hermanas, sus cuñados, sus sobrinos, su esposo e hijos. Una gran fotografía familiar estaba en la entrada del departamento, todos se veían sonrientes, felices, cada uno interpretaba muy bien su papel. Desde que Mariana se fue, su madre, cada noche, encendía una vela a santo Toribio Romo, patrono de los inmigrantes. La mujer encomendaba a su hija en oraciones y daba testimonio de que San Toribio jamás le había fallado; pues desde que su hija estaba lejos ya nadie se preocupaba por el dinero. «Gracias a Dios, por su misericordia» decía cada vez que su hija enviaba un monto nuevo.

El esposo de Mariana bebía mucho, gustaba del aguardiente y los partidos de fútbol. Llegaba tarde a casa y se iba a dormir, no sin antes llevarse a Diego consigo. El pequeño miraba a su abuela como aquella gallina que iba a morir en manos de aquel que fingía cuidados; pero ella solo atinaba a darle la bendición y lo enviaba con su padre. El niño, resuelto a su destino, no hacía reproches y silenciosamente cerraba la puerta, mientras Ana lo miraba con ojos aguados. Así pasaron los años y Diego, quien ahora es un adolescente, se acostumbró a interrumpir su rutina, para disponerse a dormir con su padre a la hora que este lo estableciera, no importaba si hacía tareas, jugaba, veía televisión, si celebraba su cumpleaños. Cuando su padre decía: «Diego, vamos a dormir», todo se silenciaba y él obedecía, al principio con temor, luego con naturalidad y finalmente con desconsuelo.

Aquella puerta parecía tener autoridad sobre la casa, todos se inmutaban ante ella. El chillido que producían sus bisagras al abrirse era ensordecedor, como cuando se abren las fauces de un monstruo feroz. El pequeño Diego ingresaba con manos temblorosas y con la boca seca. El silencio tras la puerta era maligno, pues mientras más silencioso permanecía su interior, más terrorífico era el momento. Hubo una ocasión en que Diego no salió de allí por tres días. Ana estaba espantada, al tercer día puso su oído sobre la puerta y sintió como si esta fuera a devorarla, a pervertirla; de repente, un quejido lánguido acabó con el silencio incestuoso y le trajo paz. Cuando Diego salía de la habitación ponía música como si quisiera que toda la afonía contenida en aquella puerta fuera borrada. Ese era un ritual que le permitía purificarse.

Diego y Ana salieron de compras, prepararon las recetas típicas de Navidad y colocaron el cuadro de *La última cena*, que no podía faltar cerca de la mesa de comedor. Mientras nadie los veía se volvieron uno en un abrazo, varias

miradas de complicidad los acompañaron toda la noche. Su madre acostumbraba a realizar videollamadas en estas fechas, ella lucía emocionada y festiva, pero cuando Diego se acercaba a la cámara, el rostro de su madre se desencajaba, daba una rápida despedida y decidía cortar. Eso a Diego no le hacía daño, los silencios sí. El muchacho se había vuelto talentoso, era un excelente bailarín y cada noche de Navidad presentaba un número especial a sus familiares.

Finalmente, la Nochebuena llegó. La cena estaba lista y en la fotografía familiar de cada año, todos seguían ciegos, insensibles, inhumanos como siempre. El momento de entregar los regalos había empezado, la abuela recibió un crucifijo, al tenerlo entre sus manos lo besó con devoción; las tías, vestidos; los primos, patines; Ana, una cartera; su padre, un pijama. Antes de que Diego pudiera abrir su regalo, su padre interrumpió. —Vamos a dormir— le dijo, mientras miraba su pijama con emoción. Diego miró a su hermana, ella puso el regalo entre sus manos y le sonrió cálidamente, por primera vez el silencio que se produciría esa noche sería liberador y apacible. Todos estaban felices viendo sus regalos, lo miraron y sonriendo le dijeron: ¡Feliz Navidad!

Hados

Livina Santos

El niño estaba tan cargado de proyecciones que muchas veces se exponía a ser considerado un engendro si lloraba demasiado o tenía otras exigencias. Su madre se quedaba absorta cada vez que él lloraba. Si la sacudías apenas, te miraba suplicando lástima:

—No me quiere, llora porque no me quiere.

En realidad, era ella quien desde pequeña había desarrollado la manía de llorar debajo de la cama o detrás de una puerta que le dejara espacio suficiente para doblarse sentada y en posición fetal. Sentía que había llegado a este mundo a un lugar y tiempo equivocados. Había errado el camino de su destino, había abierto una puerta equivocada en su entrada a esta vida. Pero claro, como no lo podía verbalizar, lloraba, pese a que su madre, desesperada, le pegaba. Y luego se le quedó la costumbre.

El padre del niño, su esposo, con la plena convicción de que los hombres no lloran, se irritaba con el llanto hasta el punto de gritar a su esposa para que hiciera callar al niño en lugar de sustraerse de la realidad, que en ese momento era ser madre.

—¡Hazlo callar, se va a hacer marica de tanto llorar!

Como ella seguía con los ojos anegados suplicando lástima —que para ella era el equivalente al amor—, él gritaba como todo el hombre que era hasta salir de casa dando un fuerte portazo. Ya afuera, se sacudía con cierto placer

los hombros, sonreía, y enviaba mensajes hasta conseguir compañía para tomarse unos tragos. Pocos, pues al día siguiente debía trabajar.

La madre se quedaba sola con el hijo, desconsolada por tanto desamor. Lo miraba: los puños apretados, la cara morada con los músculos tensados, la boca abierta en un círculo deforme del que salía el chillido más irritante que jamás hubiera oído. Una idea atroz cruza por su mente, se contiene.

No entiende de qué manera llegó ahí, al matrimonio, a la maternidad. Tiene apenas dieciocho años; su esposo, uno más. Cuando se casó pensó que eran suficientes. Ahora hace cálculos y piensa que de verdad se equivocó, que la vida se la está comiendo. Comiendo.

138 Mete la mano por debajo de la almohada del niño y saca un biberón con leche tibia por el calor concentrado de la tarde. Lo coloca en la boca del bebé y él sorbe con cierta desesperación y consuelo, sin dejar de derramar lagrimones y suspiros sonoros y profundos.

Miro todo esto desde afuera, diría desde arriba, y concluyo que el niño está destinado a la obesidad por su futuro consumo de comida chatarra. Encontrará consuelo en el alimento —o en lo que él crea que lo sea—, que tanto esfuerzo le costaba conseguir de pequeño. La madre, que sigue ahí abajo en la trama, concluye que por hoy no llevará a cabo su idea atroz. Y el padre, que ya desapareció de este relato, concluye que mañana se justificará en el trabajo porque la vida es una sola y él está muy joven todavía.

La novela que no fue¹

Diego Alberto Martínez Kingman

Vida y milagros de una costurera es el título de la novela que Nicolás Kingman no publicó. En una caja de implementos de costura había dos versiones del texto muy similares entre sí, de 27 páginas cada una; eran el avance de dos o tres capítulos. Ambas estaban, además, dentro de un mismo sobre. Leí detenidamente y volví una y otra vez al título: *Vida y milagros de una costurera...*

¡Claro! Nicolás se refería a su madre, Rosita Riofrío, mi bisabuela. Yo sabía muy poco de su vida, había escuchado que solía contar historias a sus hijos; unas eran inventadas por ella y, otras, descubiertas en sus numerosas lecturas. También recordé que alguien, posiblemente mi madre, me había contado que en la casa de Rosita solían almorzar escritores y artistas; ¡ah!, también que fue costurera y que con su máquina Singer mantuvo por años a la familia. De ahí el título de la novela.

Como me había dicho mi abuelo, la narración sucede desde el punto de vista de la máquina. Es el objeto quien cuenta lo que pasa en la casa de Rosita. Pero la obra, al menos lo que encontré de ella, no avanza mucho: Nicolás describe su infancia en Loja y la migración de la familia a Quito en los años 20, entonces se abre el silencio, hasta ahí llega el escrito. Según dice mi madre, Nicolás había avanzado

139

¹ Extracto del libro *El Nicolás*, que se publicará en 2022.

muchísimo más en su novela que lo que yo hallé en esa caja, de hecho, recordaba capítulos posteriores que habían leído juntos para que ella le diera su opinión. ¿Dónde están esos capítulos? ¿En disquetes perdidos? ¿En su Macintosh Classic de los 90 (dónde estará esa máquina)? ¿En manuscritos dispersos? En fin, la obra se perdió. Hay lo que pude rescatar.

Continué con la organización de los papeles de mi abuelo, hasta que apareció algo que le dio mayor sentido y otro tipo de significado a la novela. Hablo de una revista, fechada en 1959, llamada *Ventana*. Al principio no le di importancia, pero me llamó la atención la fecha; seguí ordenando los materiales, sin saber si archivarla o ubicarla en la funda de «objetos inservibles». Estaba deteriorada y, ¿para qué hacerse de más papeles? Ojeé brevemente el índice y encontré un artículo llamado «Ángel de la guarda de una generación de poetas», lo firmaba el notable escritor Alejandro Carrión Aguirre. Me acerqué al texto, a la página 18, para ser preciso. Me estremecí cuando constaté que hablaba sobre Rosita Riofrío.

¿A qué se refería exactamente Carrión al llamarla «ángel de la guarda de una generación de poetas»? Una parte de la historia todavía no me había sido develada. Yo sabía que Rosita recibía en su casa a varios intelectuales y que en la investigación del documental di varias veces con su nombre, pero al conectar este nuevo elemento confirmé que no fue casual, que ella tuvo una especial injerencia en la vida de literatos y pintores de la llamada generación del 30, la cual abarca un período que va desde 1925 hasta 1945, según Ángel Felicísimo Rojas.

El mencionado artículo aparece a raíz de la muerte de Rosita, en junio de 1959. Su autor, tal vez superado por la emoción, intenta describir el vínculo de la madre de los Kingman con aquella generación de intelectuales de Quito

y Guayaquil. Siento que Carrión perdió el equilibrio en un párrafo de ese texto; escribió: «Hay que contar la historia de Rosita Riofrío, una de las más admirables mujeres que han vivido en el mundo». ¿Una de las más admirables mujeres que han vivido en el mundo? Cuando leí esto, me pareció una exageración, aún hoy me sigue pareciendo, pero quién sabe... Por otro lado no lo escribió un novato, un ingenuo: en aquel entonces, el autor ya conocía el peso de las palabras, ya era Juan Sin Cielo (el articulista estrella de diario *El Universo*), ya había fundado la revista *La Calle*, y ese año publicaría su novela *La Espina*, ganadora del concurso internacional de Editorial Losada.

Carrión también describe la época que compartieron en la casa de la familia Kingman y que, según relata, fue el germen, la raíz de lo que sucedería en los próximos años en el arte ecuatoriano. Y es justamente al hablar de ello que el autor, párrafos más adelante, insiste:

141

Nicolás Kingman, el último, el más joven de sus hijos, me ofreció alguna vez escribir la historia de esa casa, de esa vida y de su ángel tutelar. La vida ha zarandeado duramente a Nicolás como me ha zarandeado a mí, como nos ha zarandeado a todos los que nos formamos en ese ambiente de fraternal belleza. Es por eso que (sic) aún no ha cumplido Nicolás con su propósito. Pero lo hará algún día, y si él no lo hace lo haré yo o lo hará otro de nosotros.

Cuando estamos en proceso de observar un tejido del pasado, los hechos no suelen relacionarse con facilidad; el rompecabezas se arma lentamente. Yo leía y releía el texto, pero no vinculaba la idea con lo que estaba sucediendo. Por fin creí comprenderlo: Nicolás había intentado cumplir su promesa 50 años más tarde, ¿inconscientemente...?

Tal vez como un designio, había empezado a escribir la historia prometida a su amigo Alejandro medio siglo atrás: mi abuelo estaba tratando de escribir la historia de la vida que habían compartido todos ellos en casa de Rosita.

Fue un *shock* tener en las manos ambos documentos: la revista de 1959 y el manuscrito de la novela de Kingman de la primera década del siglo XXI; pero, sobre todo, conjeturar que ambas estaban estrechamente emparentadas por el mismo deseo. Comprendí entonces la importancia que para ellos, y acaso también para mí, tenía esa historia. Desgraciadamente, ahora ya no había quién la contara: Carrión había muerto hace más de dos décadas y su amigo Nicolás, por su condición y avanzada edad, ya no podía continuar con la redacción de la obra.

142 Entonces releí el texto de Alejandro como un encargo: *si él no lo hace, lo haré yo o lo hará otro de nosotros*. ¿A quién incluye el pronombre personal? ¿Puede ser parte de esa historia alguien que no la vivió? ¿Haber escudriñado los papeles de mi abuelo, haber encontrado su novela inconclusa y haberlo escuchado durante toda mi vida me daba el permiso para incluirme en el *nosotros*? Creo que sí.